un jóven rico. La mayor y la mejor parte de mis rentas se destinó en darme un gran número de criados inútiles, de coches, libreas, mulas, caballos y otros objetos de aparato, y apénas se reservó una pequeña cantidad, que llamaban mi bolsillo y el de mi muger, y que debia servirnos para el juego y demas gastos menores. Con esto la mayor parte de mis rentas quedaba sujeta á gastos frívolos é inútiles, y apénas nos quedaba á mi muger y á mí mas que una muy corta cantidad, que necesitaba de mucha cordura de nuestra parte para ser suficiente. Pero estos hábiles arregladores para dar mas extension á los objetos de aparato, no solo nos reduxéron á facultades muy estrechas, sino que se olvidáron de los accidentes imprevistos, dexándonos en la imposibilidad de remediarlos.

Por este ridículo arreglo en que se da tanto á la pompa inútil, y á la vana ostentacion, el hombre mas rico se hace pobre; porque consumiendo tanto en gastos frívolos para objetos no necesarios, y sin los quales pudiera pasarse fácilmente, sin faltar ni á la decencia ni á la comodidad, queda reducido á cortos medios para los gastos personales; y un hombre que tiene un número crecido de mulas en su caballeriza, de que apénas puede hacer uso, se halla muchas veces sin poder favorecer á un amigo, ó socorrer á un necesitado.

Lo peor es, que hay pocos hombres que tengan bastante carácter para remediar este daño. Es menester mucha fuerza de espíritu, mucho valor, y grandes principios de razon para reformar este abuso, y descender del pie brillante, en que se nos puso y á que nos hemos acostumbrado. El orgullo se resiste á toda reforma, la vanidad no quiere oir hablar de ninguna moderacion, y lleva por fuerza una carga, que no se atreve á sacudir, prefiriendo para sasisfacer á sus pasiones, medios que le conducen á la injusticia y á la baxeza.

Lo mas extraño de todo es, que en estos arreglos indiscretos jamas se tiene á la vista, ni se hace mencion de los pobres. Yo he vivido en el mundo, y he estado instruido de muchos planes de distribucion, con que se montaban las nuevas casas de los matrimonios de mi fortuna y calidad, y no he visto ninguno en que haya un artículo, cuya consignacion sea destinada á limosnas. No es creible que profesando una Religion como la nuestra, en que el mayor y mas estrecho precepto es el amor del próximo y el del socorro de sus necesidades, no es creible, digo, que hombres que se dicen Christianos, olviden así el remedio de los infelices, para aumentar el número de sus mulas y criados.

Parece que quando un Christiano toma medidas para arreglar su casa, proporcionando los gastos á sus rentas, la primera partida de esta cuenta debia ser una buena cantidad consignada para socorro de los necesitados. Esta es la primera obligacion que le impone la ley de Jesu Christo. Dios no le ha dado sus rentas ni para contentar sus pasiones, ni para satisfacer su vanidad, ni para distribuirlas á su antojo, sino para que haga de ellas un uso moderado, convirtiéndolas en lo que necesita así para su conserva-

cion y la de su familia, como para la crianza y educacion de sus hijos. En estos objetos puede gastar todo lo que sea necesario para la decencia que corresponde al estado, en que le colocó la Providencia; pero con moderacion, y sin que pueda dar nada ni á las fantasías del capricho, ni á las locuras de la vanidad.

Desde que ha podido llenar estos objetos, y reservar lo que le aconsejare la prudencia para los accidentes imprevistos, todo lo demas lo debe á los pobres. Este es el espíritu del Evangelio, y toda interpretacion que debilite ó extienda con demasía este punto tan importante de su beneficencia, es contraria al espíritu de la Religion. Así que el que despues de satisfacer sin escasez sus necesidades domésticas, reparte lo que le queda entre los necesitados, no da nada de lo suyo; porque no es suyo sino lo que él necesita, y todo lo demas es de aquellos que lo hayan menester. No da pues, sino que paga lo que debe; porque Dios no le ha hecho dueño y árbitro de sus riquezas, sino ecónomo y distribuidor, dexando á su conciencia la medida de su necesidad, y la eleccion de las personas en que debe repartir el sobrante, segun el órden que su Providencia le prescribe.

¿Qué idea se pudiera formar de la justicia de Dios, si hubiera repartido las riquezas con tanta desproporcion, para que cada uno pudiera consumirlas á gusto de su antojo? ¿Qué baldon seria para la Providencia, si quando vemos que las fortunas estan distribuidas con mano tan desigual, creyeramos que dexa abandonadas

á la miseria y afliccion millares de sus criaturas, para que un pequeño número de ricos viva en la abundancia, y sin mas regla que las fantasías de su capricho?

Y acaso se le pudiera acusar de tiranía, injusticia y de parcialidad, sino castigara la dureza de los ricos, quando se observa el abuso general que los hombres hacen de ellas; pues aquellos á quienes ha concedido mas, no las emplean por la mayor parte sino en dar satisfaccion á sus vicios y pasiones, miéntras que tantos honrados y virtuosos sufren en la miseria y afliccion. Ó seria menester pensar que el acaso ciego es el Dios del mundo; ó que si le ha criado una inteligencia superior seria como un númen indolente, que no extiende la vista sobre las injusticias de los hombres; ó como un Dios tirano que se complace en el triunfo de la iniquidad; ó como un Dios maligno que se divierte en las penas y aflicciones de la virtud.

No es este ciertamente el Dios de los Christianos. Nuestro Dios es un Padre tierno, magnífico y universal, cuya providencia se extiende desde el último al primero de sus hijos. Es verdad que para establecer el órden, y que hubiese armonía, subordinacion y dependencia, dispuso hacer las condiciones desiguales; que para esto hizo Reyes y vasallos, Señores y plebeyos, Amos y criados, pobres y ricos, y que era una conseqüencia necesaria dar á unos mas riquezas, talentos y distinciones que á otros; pero no por eso ni á los que favoreció con aquellas ventajas, los hizo dueños y árbitros soberanos de ellas, ni á los que dió mas corta suerte, dexó abandonados al rigor de su destino, y á la tiranía de los otros.

Su providencia paternal tan extendida como sábia, á pesar de la desigualdad de las fortunas que hacia inevitable la armonía de este órden, halló los medios de conciliar esta aparente injusticia, con que parece haber tratado á los hombres, por las justas y bien entendidas leyes que les impuso, y con que atendió á la felicidad de todos. Todo lo equilibró en su económica dispensacion su sábia y próvida mano. Si á los ricos les dió mas bienes, autoridad y distincion, al mismo tiempo los cargó de mas afanes, inquietudes y obligaciones, y tambien les impuso la ley de no tomar para sí mas que lo necesario, y repartir lo demas entre aquellos á quienes no dió tanto; y si á los pobres los privó de estos bienes, fuera de los talentos que les concede, y de los medios mas fáciles que les da para la eterna felicidad, los ha puesto baxo la tutela y proteccion de los ricos.

De estos principios nace con evidencia la obligacion estrecha de los ricos de convertir todo el superfluo de sus bienes, suponiendo mucha moderacion en sus gastos; en beneficio de los pobres; y parece que en un Reyno que se gloría de Christiano, se debia ver una emulacion contínua de todas las clases bien estantes del estado, para hacer refluir el sobrante de sus consumos en las otras clases menesterosas. Parece que ninguna casa ni familia debiera arreglarse, sin empezar por una partida proporcionada á sus facultades, destinada para ellos; que los comerciantes quando hacen el tanteo de sus ganancias del año, debieran partir con ellos, ó señalarles una buena parte; en fin que todos los

que viven de salarios, de su trabajo, ó de qualquier otro modo, debieran ver, si podrán sin faltar á sus menesteres, reservarles alguna especie de socorro.

Y ved aquí como, si se practicara el benéfico Evangelio, él solo bastaria para corregir todos los defectos de la condicion humana, y hacer felices á los hombres aun en la tierra; pero ¡ay! el mundo aborrece estas máxìmas, y por eso es el enemigo mayor de Jesu-Christo, y aun de su propia felicidad. Todo se lo arrebata el luxo, todo se sacrifica á las pasiones; y hasta las familias ricas, aquellas que pasan por mas poderosas, y que teniendo grandes rentas viven con mas ostentacion, no solo no tienen señalado nada para aliviar á los pobres; pero se ve en algunas que viven con mucho fausto, y no se ve que den limosna.

Y esta es una conseqüencia necesaria del primer pie ó reglamento, con que han establecido el gasto de su casa; porque si el Padre de familias consagra la mayor parte á los objetos que llaman de decoro y son de vanidad, si para los que se llaman gastos personales no se reserva mas que una corta parte, no es posible que se pueda dar mucho. Lo que podrá hacer el mas virtuoso es dar todo lo que se reserva; pero con esto no cumple con su deber, ni lo que da tendrá proporcion con la suma de sus rentas, y con los excesivos gastos que hace en los objetos de su vanidad. Así por una inevitable conseqüencia de este profano método, aun los mismos que deben al Cielo un corazon compasivo, y disfrutan la mayor opulencia, no pueden hacer tanta limosna como quisieran y deben.

Pero ¡ay! que pocos son los que consagran á destinos de beneficencia estos medios aplicados á sus gastos personales. Muchos los emplean en cosas de su gusto y fantasía, y estos son los mas inocentes, quando estos gastos no son mas que frívolos; pero si el vicio se introduce en su corazon, como por desgracia se introduce entre tantos, y se introduxo en el mio, entónces esta parsimonia, hija de la preferencia que se dió al luxo, será madre y causa de que á los vicios del corazon se añadan todas las iniquidades y desórdenes de la conducta. ¿Qué puede hacer un jóven, que dueño de su fortuna y de sus acciones, se halla con muchos caprichos y pocos medios, sino lo que yo hice?

Despues que me casé, y á medida que mi corazon se iba corrompiendo, se iban multiplicando mis deseos y aumentando los motivos de mis gastos. La cantidad que me habian reservado para mi uso, era muy corta, comparada con la que se consumia en el brillante exterior de mi numerosa familia, y en el magnífico tren en que se me habia colocado, y así á pesar de la faustosa opulencia con que vivia, presto me hallé sin poder satisfacer mis continuos é impetuosos caprichos. Un hombre de mas edad ó mas carácter hubiera podido reformar una parte de aquellos gastos extravagantes; pero en aquella edad no se raciocina bien. Era menester valor para hacer una reforma, que seria contradicha por toda la familia. Esta operacion pedia conducta, tiempo y madurez, de que yo no era capaz, y yo mismo estaba bien hallado con esta pompa, que lisonjeaba mi orgullo. Por otra parte hubiera temido el qué dirán, y me hubiera avergonzado en presencia de todos los amigos de mi esfera, que zelosos y envidiosos de mi fortuna, se hubieran alegrado de verme decaer, y hasta mis pasiones mismas me hubieran alejado de este medio.

No hallándole pues practicable, eché mano de los que eran mas fáciles, como son el conservar el mismo inconsiderado luxo, y no pagar á los que debia. Teodoro, esta ha sido una de las principales causas de todas mis injusticias. Lo primero que hice fué abusar del buen corazon de mi santa muger, que siempre virtuosa y deseosa de complacerme, no pensaba mas que en darme gusto á costa de sus mas penosos sacrificios, y yo tan inconsiderado como injusto no hacia mas que abusar de su bondad. Empecé pues por pedirla con título de préstamo la mesada, que la estaba señalada para sus gastos personales: no se la pagué nunca, y poco á poco me apoderé de ella de manera, que la privé de este recurso necesario, forzándola á las mayores estrecheces; y la muger de un hombre tan rico como yo, era una de las criaturas mas pobres.

Pero como esto no bastaba á satisfacer gastos que cada dia se multiplicaban, me eché á buscar dinero por todos lados, ya pidiendo prestado á todos los que podia, sin exceptuar mis propios criados, y quando con mas edad fuí mas dueño de mi autoridad y mas esclavo de mis vicios, acabé por abusar con tiranía de los medios, que me daban mis títulos y mis riquezas. No hay género de arbitrio por baxo, violento ó indigno que fuera, que yo no pusiese en práctica para juntar dinero. No reformé una mula de mi caballeriza ni un criado de

los muchos inútiles que tenia; pero suspendí sus salarios: no les pagaba tomando diferentes pretextos, y con la promesa de pagarles despues mejor todo; pero era para aprovecharme de aquel dinero, dando pábulo á mis vicios, y tenia la dureza de privarlos de la justa retribucion de su servicio, exponiéndolos á la miseria, y á otras ruinas.

En fin el dinero era mi ídolo; toda la ocupacion de mi vida, todo el objeto de mis reflexîones, y el único estudio y empleo de mis talentos era buscarlo sin reparar en los medios. Mi corazon adquirió tal dureza, y se acostumbró de tal modo á la injusticia, que nada era capaz de detenerme. Así siempre que hallaba la ocasion, engañaba á quantos podia. Defraudaba hasta los míseros obreros del preciso alimento, y del sudor de sus propios trabajos, y llegó el caso de que por entretener mis vicios, dexaba mucho tiempo aun á los que me servian mas de cerca sin los salarios que les debia. Robaba á los miserables el fruto de sus penas, engañaba á quantos tenian relacion conmigo, dexaba á mi buena muger en las mayores estrecheces, y vivia tan tirano hasta de mis propios hijos, que no solo descuidaba de su educacion, sino que muchas veces dí lugar á que les faltase lo mas necesario.

Entre los medios, que me pareciéron mas prontos y mas fáciles para encontrar dinero, uno fué el del juego. La esperanza presuntuosa y ligera es la ilusion mas ordinaria de la incauta juventud, y algunos ensayos felices me hiciéron pensar, que la fortuna siempre favorable me daria con su auxîlio los medios de salir de mis embarazos: así me arrojé en sus brazos tan confiado como codicioso. El juego quando sale de la esfera de una diversion honesta, no es ni puede ser otra cosa que una codicia secreta, un deseo activo de enriquecerse á costa de otros con poco trabajo y en breve tiempo. El mundo siempre errado en sus máximas no le ha caracterizado todavia con el título de infamia, como lo merece; pero en los principios de todo moral sano, y á los ojos de todo juicio recto el juego excesivo, ó por el tiempo que se le da, ó por las cantidades que se aventuran, supone siempre una alma llena de vicios, y si fuera posible no suponerlos, es infalible que el juego solo los produciria.

Mi moral no es tan severo, que yo piense proscribir el juego entre las personas honradas, que no le toman sino como distraccion y desahogo de ocupaciones sérias, que no le destinan mas que un tiempo moderado, despues de haber cumplido con sus obligaciones, y en que no se atraviesen mas que ligeros intereses, que no pueden incomodar á los que pierden. Con estos requisitos el juego puede ser una virtud en las sociedades del mundo; porque quando los hombres se juntan para desahogarse de las fatigas precedentes, puede ser no solo necesario sino útil. Ménos riesgo tiene jugar de esta manera, que exponerse á maldecir ó calumniar.

Pero no juegan así los que como yo, solo juegan para buscar dinero, y no es posible que obren así los que solo se divierten, quando llevan juego fuerte; pues es visible que no es el juego en sí mismo, ni la distraccion que produce, lo que los entretiene, sino el grande interes que se atraviesa. Entónces no se puede dudar que esta es una guerra de la codicia, en que ca-

da uno procura quitar al otro una parte ó el todo de su subsistencia, y la de la familia: guerra iniqüa, guerra abominable, que si los usos del mundo la sufren, las leyes la prohiben, y todo sano moral la reprueba.

Este era el juego á que yo me entregué, y que acabó de arrancar de mi corazon los últimos estímulos de decencia y de honor. ¿Quién es capaz de describir los efectos de esta pasion terrible? El infeliz que se dexa arrastrar de su furor, pierde los sentimientos humanos; toda la naturaleza es nula para él; es una embriaguez que aletarga todos los sentidos; ya no vive sino para jugar; ninguna otra diversion le gusta; ningun otro objeto puede interesarle, y le fastidia todo el tiempo que no juega. No puede pensar, meditar, ni su espíritu puede sentir actividad, sino en los medios de enriquecerse con el despojo de los otros; insensible á la amistad y á todos los afectos nobles del corazon, solo desea sacrificar hasta sus propios amigos.

Todo muere para él: los objetos mas amables y dulces no tienen á sus ojos ni gracias ni alhagos. La hermosura misma no le interesa. Apénas le queda lugar para el vicio fácil y pasagero en los breves instantes, que no dedica al juego; pero el amor sensible y delicado huye de su corazon: la ternura y todas las aficiones dulces, que necesitan de tiempo para la efusion y la correspondencia de los recíprocos sentimientos del alma, se desapareciéron de su vista. La esposa mas amable, y que otra vez fué el ídolo de su amor, ya no le interesa, sus donosos hijos que debieran ser su mayor felicidad, ya no le divierten: insensible á todo, y sin atender

mas que al furor que le domina, abandona su casa, olvida su familia, descuida sus negocios, pasa los dias y las noches sacrificando su salud y su inocencia al demonio que adora, y no es capaz de sentir otras conmociones que las que le produce la alternativa de sus ganancias y sus pérdidas.

Absorto en esta ocupacion tan triste como furiosa, todas las hermosuras del Cielo y de la tierra se desaparecen á su vista. Ni para él cantan los Cielos las alabanzas de su Autor, ni la tierra le muestra en la belleza y abundancia de sus dones las obras de sus manos. Metido en la profunda caverna que es el teatro de su rabiosa codicia, ya no siente, sino vegeta. Allí olvida los placeres de la naturaleza y del espíritu, allí olvida las artes, las letras y las ciencias, allí olvida parientes, amigos y familia, allí sepulta todos los afectos naturales del alma, allí entierra consigo todos los gustos delicados y decentes, y los cubre con la misma tierra con que ha cubierto su virtud y su honor.

De manera que esta pasion fatal absorve á todo el hombre, y devora todas sus facultades y potencias. Todas sus ideas se reducen á un círculo, todas sus sensaciones á un impulso, y á pesar de reconcentrarse aquí todas sus reflexîones y sentimientos, su vida es la mas agitada, y su exîstencia la mas tumultuosa; porque sujeto siempre á la inconstante vicisitud de la fortuna, y esclavo de los caprichos de la suerte, entre algunos de sus alhagos encuentra muchos de sus reveses, sin que pueda por lo comun desquitarse ni del menoscabo que sufren sus caudales, ni de los que padecen su reputacion y su salud.